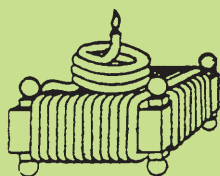


Años LVI-LVII urteak

N.º 98-99. zk.

2024-2025



CUADERNOS de Etnología y Etnografía de Navarra

SEPARATA

Apuntes etnográficos sobre
Sangüesa de 1961 y 1973.
Entrevistas de
Javier Sola Martínez a
Roberto Elduayen Miranda
y Andresa Goñi Martínez

Roldán Jimeno Aranguren

Sumario / Aurkibidea

Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra

Años LVI-LVII urteak - N.º 98-99. zk. - 2024-2025

ARTÍCULOS/ARTIKULUAK

Velas de sebo: noticias sobre la producción y provisión institucional en Pamplona Ricardo Gurbindo Gil	9
José Miguel de Barandiarán, la etnografía y la memoria temprana de la violencia franquista Fernando Mikelarena Peña	49
Las canteras moleras en Navarra. Estado de la cuestión Javier Castro Montoya, Pilar Pascual Mayoral, Pedro García Ruiz	73
Emigración navarra a Estados Unidos de América en la segunda mitad del siglo XX (segunda parte) Mikel Aramburu Zudaire, Asier Barandiaran Amarika, Jaione Inda Aldaz	121
Apuntes etnográficos sobre Sangüesa de 1961 y 1973. Entrevistas de Javier Sola Martínez a Roberto Elduayen Miranda y Andresa Goñi Martínez Roldán Jimeno Aranguren	209
Tras las ermitas desaparecidas de Ibero: reconstrucción documentada de su localización probable Francisco Idareta Goldaracena, Ainhoa Urrea Barandiaran	241
 NOTICIAS/BERRIAK	
Veinte años de Lera-Ikergunea (Mugarik Gabeko Antropologoak). Breve historia de una pequeña ONG de profesores universitarios en el Tercer Sector de Acción Social Kepa Fernández de Larrinoa	275

Sumario / Aurkibidea

IN MEMORIAM

Juan Cruz Labeaga Mendiola: remembranzas de un historiador silencioso, maestro y amigo	
José Ángel Chasco Oyón	289

Fermín Leizaola Calvo, maestro de la etnografía vasca	
Maite Errarte Zurutuza, Suberri Matelo Mitxelena	301

Censo de neveros de Navarra	
Antxon Aguirre Sorondo	309

RESEÑAS / ERRESEINAK	389
-----------------------------	-----

Idazlanak aurkezteko arauak / Normas para la presentación de originales / Rules for the submission of originals	407
--	-----

Apuntes etnográficos sobre Sangüesa de 1961 y 1973. Entrevistas de Javier Sola Martínez a Roberto Elduayen Miranda y Andresa Goñi Martínez

1961 eta 1973ko Zangozaren inguruko ohar etnografikoak: Javier Sola Martínezen elkarrizketak Roberto Elduayen Miranda eta Andresa Goñi Martinezi

Ethnographic notes on Sangüesa from 1961 and 1973: Interviews
by Javier Sola Martínez with Roberto Elduayen Miranda and Andresa Goñi Martínez

Roldán Jimeno Aranguren
Universidad Pública de Navarra (UPNA)
roldan.jimeno@unavarra.es

DOI: <https://doi.org/10.35462/CEEN98-99.5>

Recepción de original: 23/09/2025. Aceptación provisional: 20/10/2025. Aceptación definitiva: 28/10/2025.

RESUMEN

Entre los documentos etnográficos del Archivo de José María Jimeno Jurío se conservan, transcritas, dos entrevistas que grabó el maestro sangüesino Javier Sola Martínez a dos paisanos suyos. La primera la realizó a Roberto Elduayen en 1961 y, la segunda, a Andresa Goñi en 1973. Esta segunda fue grabada a solicitud de José María Jimeno Jurío. En ambas entrevistas se recogen recuerdos del espacio doméstico, la vida cotidiana y las festividades locales entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Aunque Sola no era etnógrafo profesional, sus entrevistas reflejan la influencia del método impulsado por José Miguel de Barandiarán y constituyen un valioso testimonio de la Etnografía navarra de ese período.

Palabras clave: Sangüesa; Etnografía; Javier Sola Martínez; Roberto Elduayen Miranda; Andresa Goñi Martínez.

LABURPENA

Jose Maria Jimeno Jurioren Artxiboko dokumentu etnografikoen artean Javier Sola Martinez maisu zangozarrak bere bi herrikidei grabatutako bi elkarrizketa gorde dira. Lehenengoa Roberto Elduayeni 1961ean egindakoa, eta bigarrena, Andresa Goñiri 1973an. Bigarren elkarrizketa hori Jose Maria Jimeno Juriok eskatuta grabatu zen. Bi elkarrizketetan, etxeko espazioari, eguneroko bizitzari eta herriko jaiei buruzko oroitzapenak jasotzen dira, XIX. mendearen amaierakoak eta XX. mendearen hasierakoak. Sola etnografia-lanbidea ez bazuen ere, bere elkarrizketek Jose Miguel Barandiaranek bultzatutako metodoaren eragina islatzen dute, eta garai hartako Nafarroako Etnografiaren lekukotasun baliotsua dira.

Gako hitzak: Zangoza; Etnografia; Javier Sola Martinez; Roberto Elduayen Miranda; Andresa Goñi Martinez.

ABSTRACT

Among the ethnographic documents in the José María Jimeno Jurío Archive, there are two transcribed interviews recorded by the teacher from Sangüesa, Javier Sola Martínez, with two of his fellow townspeople. The first interview was conducted with Roberto Elduayen in 1961, and the second with Andresa Goñi in 1973. The latter was recorded at the request of José María Jimeno Jurío. Both interviews contain recollections of domestic life, daily routines, and local festivities from the late 19th and early 20th centuries. Although Sola was not a professional ethnographer, his interviews reflect the influence of the method promoted by José Miguel de Barandiarán and constitute a valuable testament to Navarrese Ethnography from that period.

Keywords: Sangüesa; Ethnography; Javier Sola Martínez; Roberto Elduayen Miranda; Andresa Goñi Martínez.

1. INTRODUCCIÓN. 2. LA ENTREVISTA REALIZADA A ROBERTO ELDUAYEN (1961). 3. LA ENTREVISTA REALIZADA A ANDRESA GOÑI EN LA MAGDALENA (VADOLUENGO) (1973). 4. REFERENCIAS. 5. APÉNDICE DOCUMENTAL. 5.1. Declaraciones de Roberto Elduayen, [de 76 años], a Javier Sola (1961). 5.2. [La entrevista realizada a Andresa Goñi, de 80 años]. Sangüesa. Etnografía (La Magdalena) [1973].

In memoriam Juan Cruz Labeaga Mendiola

1. INTRODUCCIÓN

Entre los materiales mecanografiados sobre el calendario festivo que José María Jimeno Jurío elaboró a partir de su propio trabajo de campo etnográfico, desarrollado durante el primer lustro de los años setenta del siglo XX (Jimeno Aranguren & Nieva Zardoya, 2006, pp. 511-539), se conservan cuatro folios mecanografiados por él, a doble cara, que contienen las entrevistas realizadas por Javier Sola Martínez a Roberto Elduayen Miranda en 1961, y a Andresa Goñi Martínez en 1973.

El autor de las entrevistas, Javier Sola Martínez (Sangüesa, 5 de diciembre de 1931-21 de abril de 2024), conocido como «el Chairito», residía en la calle Nueva, en su casa familiar, de la que nuestro autor tomó su apodo. Era hijo de Antonino Sola Galarza y de Julia Martínez Rocafort. Su madre gustaba narrar acontecimientos antiguos, lo que transmitió a su hijo. Javier tuvo unos primeros estudios superiores en el Seminario, que no culminaron en una ordenación sacerdotal pero que le dotaron de una sólida formación humanística. Posteriormente, estudió Magisterio y, entre tanto, trabajó durante una temporada en Correos. La profesión de maestro tenía cierto recorrido familiar, pues Javier era primo de Aurelio Aoiz –«D. Aurelio»–, también maestro, muy conocido y valorado en Sangüesa, y director del colegio. Sola Martínez desarrolló su profesión en Garde, en San Martín de Unx, en Eslava y, finalmente, desde el curso 1961-1962, en

su localidad natal. En aquella década, compaginó su dedicación con otra docencia, en este caso impartiendo clases de Educación física en el Colegio Libre Adaptado de San Francisco de Asís, de los frailes capuchinos¹. Se casó en 1976 con Esperanza Úcar, natural de San Martín de Unx y también maestra en Sangüesa, y fueron padres de Adrián y Natalia, quienes hicieron a sus progenitores abuelos, con cinco nietos y nietas: Javier, Aitor, Nora, María y Leire. Cuentan nuestros informantes que Javier Sola era persona especialmente hábil en todo tipo de trabajos manuales, que transmitió tanto en su labor docente como a numerosos sangüesinos, entre ellos a José Luis Elduayen, sobrino de Roberto.

La grabación de las dos entrevistas se realizó en un contexto distinto pues, mientras que la que realizó a Roberto Elduayen fue motivada por un interés intelectual propio, la segunda, a Andresa Goñi, se enmarcó en el proyecto del trabajo de campo sobre el calendario festivo de Navarra realizado por José María Jimeno Jurío en el primer lustro de los setenta. Sola y Jimeno se conocían desde los años del Seminario. Apenas pudieron coincidir en Sangüesa cuando Jimeno Jurío fue coadjutor de la parroquia de Santiago entre agosto 1956 y octubre de 1958, pues fueron los años en los que Sola estuvo desempeñando su labor de maestro en diferentes localidades. Javier Sola Martínez, además, emparentaba con la familia Ozcoidi, los *Limón*, casa en la que vivió de patrona José María Jimeno. Este joven párroco fue destinado a Alsasua (Jimeno Aranguren, 2007, 2012; Labeaga Mendiola, 2007). A lo largo de su vida, siempre cultivó sus amistades sangüesinas y dedicó numerosos estudios a la historia y el folclore de la ciudad (reed. Jimeno Jurío, 2007).

Cuando en los años setenta estaba desarrollando sus investigaciones sobre el calendario festivo, José María Jimeno Jurío acudió a Javier Sola, con el que seguía manteniendo buena relación, para preguntarle sobre posibles informantes. Sola le proporcionaría entonces la grabación que había realizado a Roberto Elduayen en 1961, que Jimeno Jurío transcribió. Pero sumó una nueva entrevista, en este caso de alguien muy cercana para él y que sabía que atesoraba un extraordinario conocimiento, Andresa Goñi. Siguiendo en cierto modo el guion de su primera entrevista, recogió de Andresa sus recuerdos, incidiendo más en el calendario festivo, en una nueva grabación que pasó más adelante a José María Jimeno y que este transcribió, junto con la primera. Desgraciadamente, la familia Sola-Úcar ni nosotros conservamos esas grabaciones.

La entrevista realizada a Roberto Elduayen Miranda, sangüesino de 82 años en 1961, ofrece una descripción minuciosa de la vida cotidiana en su juventud, incluyendo aspectos como la arquitectura doméstica, las costumbres alimentarias, el vestuario tradicional y las fiestas, con especial mención a las corridas de toros y los bailes. Por su parte, la de Andresa Goñi, que en 1973 tenía ochenta años y residía en la Magdalena (Vadoluengo), abordaba cuestiones ya tratadas en la entrevista anterior y otras nuevas. Goñi rememoró cómo eran las cocinas, las celebraciones navideñas, las fiestas de San José y Reyes, el Carnaval, la preparación del pan, el lavado de la ropa en el río, o el

1 Entre cuyos estudiantes estuvo David Maruri.



Figura 1. Javier Sola a mediados de los años sesenta.

alumbrado y la seguridad nocturna, entre otros aspectos. Ambos testimonios constituyen una valiosa descripción sobre la vida y las tradiciones de Sangüesa en el último cuarto del siglo XIX y primero del XX.

Roberto Elduayen Miranda era hijo de Ramón Elduayen Fernández y Javiera Miranda Navallas, naturales ambos de Sangüesa. Roberto nació «en Casa Elduayen», el 7 de junio de 1880 y fue bautizado al día siguiente en la parroquia de Santa María². Como su padre, su madre y su hermano Gregorio, Roberto, a pesar de ser un niño, firmó el *Libro de honor de los navarros-Protesta foral de Navarra*, sumándose así a la protesta de la Gamazada (*Libro de honor*, 1893, p. 638; Maruri, 2007, p. 200). Agricultor de carácter sencillo, vivía cerca de Javier Sola, junto con su mujer, Florentina Ibáñez Soto (14 de marzo de 1881-5 de junio de 1951), su hijo Jesús y sus tres hijas, Asunción, María y Anita. Jesús, que era músico clarinetista primero en la banda de música de Sangüesa (Labeaga Mendiola, 1996, p. 73), falleció con dieciocho años en el frente guipuzcoano durante la Guerra Civil. De sus tres hijas, las dos mayores fueron modistas y, la más joven, Anita, trabajó siempre en casa y fue la que quedó a cuidado de sus padres. Anita vivió hasta los 102 años, falleciendo este 2025.

La familia vivía de manera austera. Roberto cultivaba una huerta que tenía en el término de Pastoriza y una pieza fajeta de cereal, frente a la Magdalena. Completaba sus recursos, como relata su sobrino-nieto José Luis Elduayen, injertando sarmientos, en pequeños encargos que le hacían algunos sangüesinos que tenían pequeñas viñas. Los interesados le proporcionaban los sarmientos, y preparaba los injertos con esas herramientas. Utilizaba para ello dos máquinas fabricadas hacia 1905, una realizada en Tafalla por R. Calasanz, y, la segunda, la número 4 de J. Darenne Viticulteur. Ambas las conserva su sobrino. Roberto Elduayen Miranda falleció en Sangüesa el 13 de marzo de 1970, cuando contaba con 89 años de edad.

La segunda entrevista la realizó Javier Sola a Andresa Goñi el 19 de enero de 1973, cuando esta tenía ochenta años. Su nombre no aparece consignado en los folios mecanografiados, limitándose a describirla como «Mujer de la Magdalena», pero gracias a las indagaciones realizadas por Juan Pedro Aramendía, pudimos lograr conocer su identidad y, con posterioridad, contactar con su familia. La propia entrevista señala que vivía en la Magdalena y que llegó a Vadoluengo a los diez años y ya, de joven, trabajó allí, junto con su familia. Vadoluengo –o la Magdalena, como es más conocido en Sangüesa, por la antigua ermita dedicada a esta santa que existió allí– pertenecía al mayorazgo del marqués de Góngora. La finca se transmitió el 2 de julio de 1897 a Gregorio Reta Armendáriz, colono de la casa de Góngora, quien tres años después, la vendió a Francisco Sola, padre de los hermanos Sola-Galarza. El padre del maestro de Sangüesa, Antonino Sola Galarza, era el mayor de todos sus hermanos. Uno de estos, Miguel Sola Galarza, era, a su vez, el cura de San Adrián de Vadoluengo. Esta familia dedicó la finca a labores agrícolas (Yárnoz, 1990, p. 44).

2 Partida de bautismo de Roberto Elduayen Miranda. Archivo Parroquial de Santa María, Sangüesa, *Bautizados. Libro 60*, f. 176. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

Andresa Goñi Martínez, nacida en 1889, trabajó desde joven ayudando en las labores del caserío de la Magdalena, en una época en la que el campo aún no conocía la mecanización y todo dependía del esfuerzo humano. Aquellas tareas, duras y constantes, requerían abundante mano de obra. En el caserío vivía junto a su marido, Félix Sanz Puyada, quien también trabajaba para la familia Sola. Al matrimonio se les conocía popularmente como «los del Colorao». Según datos proporcionados por David Maruri, Félix Sanz y Andresa Goñi habían contraído matrimonio el 24 de noviembre de 1913, en la parroquia de Santiago de Sangüesa³. De su unión nacieron cuatro hijos: José, el 18 de septiembre de 1914; Isabel, el 7 de septiembre de 1916; Juan, el 24 de julio de 1918, y Natividad, el 27 de diciembre de 1920⁴. La pequeña Isabel falleció prematuramente, a los veinte días de nacer, el 27 de julio de 1916⁵. El padrón de habitantes de 1920 sitúa al matrimonio Sanz-Goñi y a sus tres hijos –José, de seis años; Juan, de tres, y la recién nacida Natividad– en la calle del Estudio, número 3⁶. Diez años más tarde, el padrón de 1930 los registra como vecinos de la calle Caballeros, número 3: Félix y Andresa, ambos de cuarenta y dos años, junto a sus hijos José, de dieciséis; Juan, de doce, y Natividad, de diez⁷. En 1940 la familia seguía residiendo en la misma vivienda de la calle Caballeros. En esa fecha, convivían Félix, Andresa y su hija Natividad, mientras que José aparecía ya inscrito como transeúnte en Pamplona⁸. Una década después, el padrón de 1950 refleja una nueva configuración familiar en el mismo domicilio: por un lado, Félix Sanz y Andresa Goñi; por otro, su hijo José, que se había convertido en cabeza de familia junto a su esposa, Prudencia Pereira, natural de Gorliz (Bizkaia), y sus hijos Prudencia, Juan, Mercedes y María Jesús⁹.

Cuando la familia fue creciendo, Andresa y Félix se trasladaron a vivir a Sangüesa. Fueron padres de Natividad, José y Juan. Este falleció con doce o trece años ahogado en el río en Amorebieta, cuando se formaba allí para ser fraile. Su bisnieta Almudena Ibáñez nos informa que la hija de Andresa, Natividad, se trasladó a vivir a Pamplona, donde formó su familia. José se quedó a vivir en Sangüesa y cultivaba su huerta de Pastoriza y una viña, además de trabajar en las obras del Canal, y acudiendo de jornalero en determinados períodos contratado por otros.

3 Matrimonio de Félix Sanz Puyada y Andresa Goñi Martínez. Archivo de la Parroquia de Santiago, Sangüesa, *Casados*. Libro 61, f. 168v. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

4 Partidas de bautismo de José, Isabel, Juan y Natividad Sanz Goñi. Archivo de la Parroquia de Santiago, Sangüesa, *Libro de bautizados*, ff. 77-127-190 y 256. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

5 Partida de defunción de Isabel Sanz Goñi, 27 de julio de 1916. Archivo de la Parroquia de Santiago, Sangüesa, *Libro 68*, f. 14. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

6 Archivo Municipal de Sangüesa, *Padrón de habitantes*, año 1920, Caj. 0252/1/2/. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

7 Archivo Municipal de Sangüesa, *Padrón de habitantes*, año 1930, Caj. 0344/2. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

8 Archivo Municipal de Sangüesa, *Padrón de habitantes*, año 1940, Caj. 0415/2. Caj. 0344/2. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

9 Archivo Municipal de Sangüesa, *Padrón de habitantes*, año 1950, Caj. 0467. (Dato extraído por David Maruri Orrantia).

Cuando Félix murió con 63 años, Andresa fue a vivir a la Magdalena, junto con Encarnación Sola, fruto de la extraordinaria relación que tenían después de tantos años sirviendo allí. Los Sola le cogieron muchísimo cariño, y la consideraban una más de la familia. En la Magdalena siguió viviendo una veintena de años, cuando Javier Sola le hizo la entrevista. A los pocos años, a Andresa y Encarnación, que eran de la misma edad, les resultaba incómodo seguir viviendo en el caserío de la Magdalena, por lo que, con otro hermano de Encarnación, bajaron a vivir a un piso de la calle Mayor. Andresa, por aquel entonces, tenía un pelo muy largo hasta la cintura, y se lo recogía en un moño, para luego echarse brillantina. Sus nietos y bisnietos, así como los sangüesinos que la recuerdan, dicen que era una mujer muy cariñosa y cercana. En sus últimos años de vida, ya muy anciana, vivió con su hija. Falleció en Sangüesa el 29 de noviembre de 1982, a los 93 años de edad.

En el presente trabajo analizaremos y publicaremos los textos de las entrevistas grabadas por Javier Sola Martínez y transcritas por José María Jimeno Jurío.

El gran valor de estas entrevistas, sobre todo de la primera, radica en su cronología. En 1961 los estudios de carácter etnográfico no estaban consolidados en Navarra, por lo que Javier Sola se anticipó en un par de años a los comienzos de la enseñanza etnográfica iniciada por José Miguel de Barandiarán en la Cátedra de Estudios Vascos de la Universidad de Navarra; y en casi una década a la constitución formal de los grupos Etniker impulsados por el propio Barandiarán (Manterola, 1982; Jimeno Jurío, 1992; Zubiaur, 1992; Manterola y Arregi, 2003), con la posterior difusión y aplicación de su encuesta etnográfica por diferentes investigadores, que en *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra* se publicó en 1975.

Desconocemos qué grado de conocimiento tenía Javier Sola sobre los trabajos etnográficos que le precedieron, aunque debía atesorar bastantes lecturas, a la luz de la metodología aplicada y los temas abordados, pues muchos de ellos parecen tener una cierta influencia de los trabajos que para entonces venía publicando José Miguel de Barandiarán. La labor pionera de este eminente etnógrafo, iniciada ya en los años veinte del siglo pasado, estableció un marco metodológico caracterizado por el rigor empírico, la observación directa y el registro oral sistemático de las tradiciones populares. Barandiarán se había formado en la Escuela difusionista alemana, en estrecho contacto con el P. Wilhelm Schmidt –fundador de la Escuela de Viena–, por lo que adoptó los postulados del *Kulturkreislehre* («Teoría de los círculos culturales»), que defendía la necesidad de documentar empíricamente las culturas antes de su desaparición (Arregi, 1999). Esta visión condujo a Barandiarán a diseñar instrumentos sistemáticos de recogida de información, como las instrucciones metodológicas publicadas en 1921 en el *Anuario de Eusko-Folklore* (1921a y 1921b). Su propósito declarado entonces y reiterado en un nuevo artículo publicado en esa revista en 1955, era abarcar la totalidad del universo simbólico y material de las comunidades rurales, desde las condiciones geográficas hasta las prácticas religiosas y comportamientos sociales (Barandiarán, 2005, 2006). La intuición de Barandiarán sobre la aceleración del cambio social le llevó a concebir la etnografía como una empresa urgente de rescate cultural. En este mismo sentido, el trabajo de Javier Sola, al recoger y conservar materiales, se insertaba en esta misma



Figura 2. Javier Sola en Javier, con sus alumnos del Colegio Luis Gil de Sangüesa y con el maestro Javier del Castillo Bandrés. 1967.

tradición, persiguiendo la preservación de una memoria oral que, sin estos esfuerzos, estaba en serio riesgo de desaparecer.

Las principales áreas de estudio desarrolladas por Barandiarán abarcaron un amplio espectro del universo simbólico y material de las comunidades rurales, como la mitología popular, los ritos vinculados al ciclo vital (nacimiento, matrimonio y muerte), la arquitectura tradicional, los usos agrícolas, o la organización familiar, entre otros aspectos (Barandiarán, 2005, 2006; *cfr.* Manterola & Arregi, 2003; Jimeno Aranguren, 2003). Incluso durante su exilio en Sara (Lapurdi), tras la Guerra Civil, continuó publicando e investigando desde Iparralde, hasta su regreso a Gipuzkoa en 1953. A partir de ese momento, reorganizó su archivo en Ataun y fue formando a una nueva generación de investigadores, asegurando la continuidad de su proyecto etnográfico (Barandiarán, 2009), que en Navarra se institucionalizó desde 1963 a través de la ya mencionada Cátedra que dirigió en la Universidad de Navarra.

Para la realización de este trabajo han resultado fundamentales los datos que nos han proporcionado Esperanza Úcar y Adrián Sola, viuda e hijo de Javier Sola, José Luis Elduayen, sobrino-nieto de Roberto Elduayen, Almudena Ibáñez, bisnieta de Andresa

Goñi, así como el folclorista sangüesino Juan Pedro Aramendía. Asimismo, hemos enriquecido algunos datos biográficos sobre Elduayen y Goñi con datos proporcionados por David Maruri. A todos ellos extendiendo mi más profundo agradecimiento.

2. LA ENTREVISTA REALIZADA A ROBERTO ELDUAYEN (1961)

Los testimonios grabados por Javier Sola a Roberto Elduayen ofrecen una mirada detallada sobre la vida cotidiana y las fiestas de Sangüesa a partir del último cuarto del siglo XIX.

Tal y como se recogió en la entrevista, Roberto Elduayen Miranda había nacido en la calle San Miguel, en «Casa Elduayen». La vivienda, construida por su difunto padre, se mantenía igual que antaño, con una distribución sencilla que incluía una cocina, un cuarto y «cuarticos» abajo. La cocina constituía el espacio central, con un fogón bajo. La familia de cuatro miembros, compuesta de padre, madre y dos hijos, comía en un «banquico» bajo individual junto al fuego, fabricado por Larrea, un carpintero local. Para encender el fuego, utilizaban ramas y troncos apoyados en unos hierros llamados «moritos», de donde, según Elduayen, proviene el apodo de «los Moricos» para designar a los «Juanitos» –la familia Juanto–, que fabricaban estos hierros en Sangüesa.

La mayoría de las casas en Sangüesa se construían de adobe muy grande. La del padre de Roberto Elduayen, de tamaño modesto, fue levantada en solo dos días. Especificó en su entrevista que no se empleaba otro material que el adobe y la tabla, con la peculiaridad de que las tablas tenían huecos tan grandes, que se podía ver el firmamento. Las condiciones de vida eran humildes. Para dormir, se utilizaban «catres» de madera con cuerdas entrelazadas en lugar de colchones. El jergón se rellenaba con hojas de maíz, y la almohada era de lana. Las sábanas, de lienzo, eran consideradas de mejor calidad que las actuales.

La entrevista también da cuenta del vestuario típico de la época, que incluía la «ongarina», una prenda descrita como un abrigo suelto, de una tela tan dura que «no pasaban ni las balas». Se ataba por debajo con una cuerda y se le colocaba una piedra para llevarla a la espalda. Los ricos, o «señoritos», usaban «capicas» con una vuelta en la esquina. Las boinas y los pañuelos eran comunes. La blusa de felpa llegó más tarde, considerándose un lujo. En cuanto al calzado, la mayoría usaba «albarcas» de material (cuero curtido), siendo la goma una incorporación posterior.

El alumbrado en las casas consistía en candiles de aceite y petróleo, y no existían faroles públicos al principio. La electricidad llegó a Sangüesa cuando Elduayen tenía aproximadamente doce años, precediendo incluso a la instalación del agua corriente. Por las noches, la ausencia de alumbrado público hacía que la gente se retirara a sus casas con la caída del sol o al toque de oración. Los encargados del alumbrado de petróleo usaban escaleras para llenar y encender los faroles. En épocas anteriores, la falta de faroles y «serenos» (vigilantes nocturnos) la asociaba Elduayen a una sociedad más «inocente» y con menos «malicia».



Figura 3. Injertadora de sarmientos de Roberto Elduayen, fabricada en Tafalla en 1905.

Roberto Elduayen también narró épocas marcadas por la violencia, en las que era habitual portar armas. La gente llevaba las armas a la vista, lo que contribuía a desencadenar disputas. Un incidente notable ocurrió un día de Todos los Santos, cuando Elduayen tenía unos quince años, resultando en dos muertes fruto de enfrentamientos entre cuadrillas rivales. La llegada de la Guardia Civil trajo consigo «mucha riguridad». También recordaba un trágico accidente en el que un joven mató involuntariamente a un amigo con una pistola, un suceso que quedó impune.

Elduayen también describió cómo era la alimentación. El pan se amasaba en casa; la mayoría de hogares disponían de hornos propios. Era muy nutritivo, pesando unas seis libras (aproximadamente dos kilos), aunque podía endurecerse mucho y enmohecerse después de unos cinco días. La levadura se preparaba el día anterior, estando en fermentación toda la noche. Las rutinas alimentarias variaban según la estación. En invierno, el día comenzaba con un desayuno a base de aguardiente, pacharra y anís mezclados con pan. Se comía a las once y se cenaba a las tres. A partir de marzo, se hacían tres «paradas» para comer: almuerzo, comida y cena; y, en verano, se realizaban tres paradas en el campo además de la cena. Los almuerzos consistían en habas cocidas, patatas y otras legumbres. La comida principal solía ser un plato de patatas de la huerta, berza y una ración de carne o longaniza, sin postre, salvo la leche de vaca, si estaba



Figura 4. Injertadora de sarmientos de Roberto Elduayen, fabricada en Francia en 1905.

disponible. La merienda era una sencilla cebolla, aliñada con aceite, vinagre y sal, o una cebolla asada en el rescoldo. Las cenas consistían en patatas, alubias o garbanzos, y se consumían muchas sardinas de cubo y tocino gordo para untar. En días festivos, se distinguían las comidas por la cantidad, no por la calidad, y era común tener que buscar pollos fuera de Sangüesa, ya que no se criaban localmente. La cría de cabras para leche y cerdos era común en casi todas las casas. El día de la matanza del cerdo era motivo de celebración y convite a parientes, llevándose al campo un guiso especial, el «golondro».

El agua, según los testimonios de Roberto Elduayen, se obtenía gracias a los «aguadores», quienes se ganaban la vida subiéndola a las casas. Cada carga, que costaba dos pesetas o dos pesetas y media, permitía al aguador realizar entre doce y catorce viajes al día, asegurando su jornal y «el de su burro». El agua se almacenaba en tinajas de la cocina y una carga duraba uno o dos días. Las familias más ricas guardaban agua de enero en grandes tinajas para todo el año, específicamente para beber. La colada se realizaba en el río, donde las mujeres lavaban la ropa introduciéndola en cestos de mimbre, utilizando ceniza en lugar de jabón, y soportando el frío invierno con las manos «morras».

La entrevista de Javier Sola a Roberto Elduayen abordó, asimismo, las fiestas de Sangüesa. Lo más característico era el «palenque de los toros»: ocho hombres vestidos con



Figura 5. Roberto Elduayen en Sangüesa en 1961, acompañado de sus hijas Asunción y María (la fotografía la realizó su otra hija, Anita).

«anguarinas» se enfrentaban a los toros con lanzas y «puncherones» (picas), volcando al animal y matándolo en cuanto cojeaba, a «punchibonazos». También se practicaba el juego de la «escarapela» y los «cestos», en el que, quien quitaba la escarapela se la ofrecía a una «señorita» a cambio de cinco duros y una caja de puros, con lo que todos merendaban. Ocurrió un incidente en el que un hombre de Sangüesa, el padre de la Serrana, recuperó una escarapela de un toro que había «voltiado» a unos forasteros de Lumbier. En aquel entonces, no existían los encierros.

Un día de fiesta al uso comenzaba con las dianas mañaneras. Las cuadrillas se abastecían de ternascos en las Arcadas y almorzaban y merendaban en casas particulares. La comida se hacía en cada casa, y después de la corrida de toros, la gente acudía a las tabernas y los bailes. Algunas cuadrillas tenían casas privadas con «bailes tablajeros», donde la música era interpretada por músicos locales con guitarras y bandurrias.

Roberto Elduayen también rememoró diversos incidentes taurinos, como cuando un toro de la ganadería de Sangüesa saltó la valla y la contravalla, cayendo sobre el público y siendo finalmente reducido por varios hombres. En otra ocasión, un toro extremadamente bravo tuvo que ser abatido a tiros por un sargento de la Guardia Civil porque los toreros no se atrevían a acercarse tras haber herido a un banderillero. Fue igualmente célebre el caso de un toro que saltó a Casa Chaparro, entrando por una



Figura 6. Roberto Elduayen en Sangüesa en 1962, acompañado, de izquierda a derecha, por Carmen Ibáñez, Asunción Elduayen, Lidia, Dolores Miranda y Vicenta Iribarren Ibáñez.

ventana, mientras una mujer hacía chocolate, y luego se retiró. También recordaba la anécdota de un toro que se lanzó por una ventana al río y «se espiazó». Por último, Elduayen contó la historia de un toro criado con biberón que, tras ser banderillado en la plaza, permitió que la mujer que lo había criado le quitara las banderillas. El público, conmovido, pidió que no se matara al animal, siendo regalado a la mujer, que lo siguió cuidando en su casa hasta que el toro se hizo viejo.

El juego de pelota gozaba de una gran afición en Sangüesa, especialmente en el Trinquete de la Galería. Una pareja de jugadores, Matías el Retiro y Nicasio el de Fermínico, era imbatible. Elduayen narró un desafío en el que el hijo del veterinario de Sos, apodado «Pan y agua», retó a los de Sangüesa a jugar a pelota. Aunque el retador fanfarroneó con mil pesetas que no tenía, la partida se jugó con dinero aportado por comerciantes, y los jugadores locales lograron una victoria contundente.

Elduayen también compartió a Sola relatos históricos transmitidos por diversas generaciones, como las grandes inundaciones que sufrió Sangüesa. Una abuela le contó a Roberto la historia de un borracho que gritaba la llegada del río, pero no fue creído hasta que el agua ya había anegado la ciudad. La gente escapaba arrastrando ganado o nadando a terrenos altos; incluso un macho se salvó en el púlpito de San Salvador.



Figura 7. Roberto Elduayen en Sangüesa en 1969, acompañado de Tati Hernández Miranda y de Vicenta Iribarren Ibáñez.

Durante estas inundaciones, el informante recordó que un matrimonio que era originario de Javier pero que vivía en Sangüesa, preocupado porque su hija estaba atrapada en una zona inundada, prometió la mano de esta a un muchacho fuerte si la salvaba. Este, por error, salvó primero a la criada, pero regresó y salvó a la hija, con la que finalmente se casó.

3. LA ENTREVISTA REALIZADA A ANDRESA GOÑI EN LA MAGDALENA (VADOLUENGO) (1973)

La entrevista desarrollada a Andresa Goñi Martínez el 19 de enero de 1973, complementaria de la anterior, proporciona una perspectiva etnográfica detallada sobre la vida y las costumbres en la localidad.

Comenzaba la entrevista aludiendo a la cocina, como espacio central del hogar. Esta se componía de un fogón situado en medio de la estancia, con un gran banco liso en la parte trasera, que precedió al banco-escano. En este fogón se quemaban troncos grandes, recién cortados del monte, que traían desde muy temprano. Destacaba la tradición del «tronco de Navidad», un tronco grande que se quemaba en Nochebuena y cuya madera restante se guardaba y colocaba en el tejado como protección contra las

tormentas, al que se le tenía una fe especial¹⁰. La cocina también albergaba un aparador grande, ollas de tierra antiguas, calderos de bronce, pucheros de hierro y topines para guisar. Existía una «espedera» de metal y bronce para utensilios como espumaderas, chocolateras y jarras. Para los humos, había una campana «tremenda». La distribución del espacio reflejaba la jerarquía social, pues a un lado se sentaban criados y pastores y, al otro, había una mesa para los señores, los mayores y los hijos.

A continuación, se rememoraban las costumbres culinarias en los días festivos. El día de San José era una ocasión especial, donde todos, incluyendo señores, criados, curas y algunos pobres, comían juntos en la mesa. La comida era abundante y ceremonial: comenzaba con sopa de cocido, seguida de una olla de garbanzos, «picafría» (cordero asado) y después gallina y asado. Para asar, se utilizaban dos asadores grandes, sostenidos por figuras de hierro con forma de gallo y gallina. Una persona debía vigilar constantemente el asado hasta que estuviera bien dorado. El postre consistía en «tebetes» (leche frita) servidos en soperas para mantenerlos calientes, acompañados de café, bebidas y cigarros. La noche se extendía con sesiones de mus, donde señores, pastores y criados jugaban juntos. En la Noche de Reyes, la cena típica eran las migas, seguidas de algún bocadillo. El entretenimiento involucraba a amos, criados y pastores jugando al mus, mientras los jóvenes y los niños se disfrazaban de reyes, con música de acordeón, canto y baile.

Andresa Goñi continuaba exponiendo las costumbres durante el Carnaval, narrando un incidente en el que dos mujeres de Sangüesa, una de ellas la propia informante, se disfrazaron (una con una bota de pez en la cara y la otra con un pañuelo) para perseguir a los niños Maristas en Cantolagua. El encuentro con el cura de la casa las hizo retroceder «a cajas destempladas». A continuación, decidieron perseguir a un «bueyero» (pastor de bueyes) con sus caballerías, lo que culminó en un momento de humor cuando sus zapatos revelaron la identidad de la perseguidora, a lo que se unió, más adelante, que la mujer con pez en la cara tuvo dificultades para limpiarse.

Posteriormente, Andresa recordaba los toros de fiestas que se «cerraban» en la localidad, una práctica que cesó al menos cincuenta años antes de la entrevista. Los toros se mantenían en el Corral Nuevo y se traían al «Serenáu» la víspera, a veces de noche para evitar que se asustaran, dado el gran número de personas que salían a ver el ganado. Las mujeres de la casa se quedaban haciendo pan y bollos para las fiestas, mientras esperaban la llegada de los toros, con la casa llena de gente observando desde las ventanas. La informante recordaba también una anécdota de un toro de Añués que se escapó de la plaza y fue encontrado por su dueña lavando, quien lo curó de sus heridas, una versión distinta a la anterior narrada por Elduayen. También relató un incidente en Cantolagua donde los toros escaparon, llevando a la gente a huir por los ríos, y la ardua tarea de los pastores de recuperarlos en medio de una tormenta.

10 David Maruri Orrantia, en su estudio sobre el Olentzero (2008, p. 211), afirmaba que en «la Magdalena, se ha venido haciendo el Tronco de Navidad hasta hace cuarenta años (1950), dejándolo bajo teja para proteger la casa, los animales», información que había obtenido de una entrevista que este historiador sangüesino había realizado a Javier Sola Galarza, de 84 años, en diciembre de 1990. Javier Sola Galarza era tío de Javier Sola Martínez.



Figura 8. Encarnación Sola, Providencia Sanz Pereira –nieta mayor de Andresa– y Andresa Goñi, en San Adrián de Vadoluengo a finales de los sesenta.

La antigua trabajadora de la Magdalena rememoraba, a continuación, cómo se preparaba el pan. Se amasaba en casa, donde se preparaba la levadura desde la víspera. Se utilizaban amasaderas grandes y tableros para «encolchar» los panes, que solían pesar alrededor de ocho libras. Después de quemar la leña, el horno se barría con trapos atados a trancas, y se probaba la temperatura del horno con pequeños trozos de pan. El salvado resultante del cernido se usaba para hacer «masones» para los perros.

La entrevista se centró, seguidamente, en la colada o lavado de ropa, que se realizaba en el río. Las mujeres remojaban la ropa en cestos de mimbre, usando ceniza en lugar de jabón. El proceso era laborioso y se extendía por varios días: se remojaba, se colocaba en los cestos con ceniza y agua tibia; al día siguiente se lavaba con jabón en el río, se subía, se cocía y, al tercer día, se aclaraba. Las coladas eran «tremendas» debido a la gran cantidad de ropa de lienzo e hilo que se lavaba. Las manos de las mujeres se ponían «morras» en invierno por el frío del agua. La ropa se tendía en cualquier lugar disponible, como rastrojos, fajinas, leña o el «inquinal». El ciclo de la colada podía durar hasta dos meses en invierno.

Andresa Goñi también describió el alumbrado doméstico, que se basaba en candiles de hierro o bronce con «torcidas» (mechas de algodón cocido) que se preparaban diariamente con aceite. Para las habitaciones, había candiles de bronce más elaborados



Figura 9. Andresa Goñi, en la Primera Comunión de su nieta Rosario, hija pequeña de José Sanz Goñi y Prudencia Pereira. De izquierda a derecha José Sanz Goñi, Andresa Goñi, Mari Sanz Pereira, Prudencia Pereira, Rosario Sanz Pereira (niña de la Comunión), Juan Sanz Pereira, Providencia Sanz Pereira y Mercedes Sanz Pereira.

con tapas para apagar la llama, y se usaban palmatorias. En las cuadras se empleaban linternas con velas o depósitos de aceite para evitar incendios causados por la paja. Las cerraduras consistían en trancas y barras de hierro, y las puertas no se abrían de noche. Relató también un incidente en el que un criado antes de abrir tuvo que subir al tejado para identificar a alguien que pedía auxilio, solo para descubrir que un hombre había caído en el puente.

La entrevista también hizo aflorar diversos sucesos históricos y anecdóticos, como varios robos ocurridos en tiempo de sus abuelos: unos ladrones entraron a la casa por una ventana, a pesar de las rejas, exigiendo dinero. Tras atar a toda la familia en una «bodeguica», robaron lo que quisieron. Al día siguiente, el sereno identificó a uno de los ladrones porque no había «cantado las horas» durante la noche, implicándolo en el suceso. La informante también narró un trágico crimen acaecido por la discusión de dos criados, uno de Sada y otro de Sangüesa llamado Juanito. En un momento de la cena en la que celebraban el santo del amo, el de Sada apuñaló a Juanito con un cuchillo grande. A pesar de los esfuerzos por reanimarlo, Juanito murió por «peritonitis», y el agresor fue condenado a catorce años de prisión.

A continuación, Andresa Goñi recordó que su casa solía alojar a pastores trashuman-tes con sus rebaños de ovejas, que pasaban la noche en los pajares o en el campo. No se les cobraba y se les ofrecía comida, generalmente olla de patatas o lo que hubiera

disponible. Los pastores ordeñaban sus ovejas y proporcionaban leche a la casa antes de partir muy temprano.

La informante también era depositaria de recuerdos de la guerra carlista transmitidos por sus abuelos, como aquel en que su abuela se negó a dar pienso a los soldados y llevó un «convoy» (provisiones) a Lumbier con su macho. También mencionó el paso de lobos por la zona.

La entrevista se cerró con diversas cuestiones relativas a los días de fiesta, como el hecho de que los hombres acudían a casas particulares donde se organizaban rondallas y bailes. Existían sociedades de baile como «La Invencible», con buenas rondallas cuyos miembros habían aprendido música con Luis Morondo. La sociedad tuvo bailes en varios lugares, incluyendo el primer cine de Sangüesa, «La Juvenil». Antiguamente, los músicos solo tocaban jotas en las esquinas. La música y el canto, especialmente de jotas navarras, eran una parte esencial del entretenimiento, con cantantes que conocían «miles» de canciones. Sin embargo, desde hacía cincuenta años, ya no se cantaban jotas.

4. REFERENCIAS

- Arregi, G. (1999). El patrimonio cultural en la obra de don José Miguel de Barandiarán. *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 31/73, 343-353.
- Barandiarán, J. M. de (1921a). Nuestro empeño. *Anuario de la Sociedad de Eusko Folklore*, 1, 1-5.
- Barandiarán, J. M. de (1921b). Breves instrucciones prácticas para el investigador folklorista. *Anuario de la Sociedad de Eusko Folklore*, 1, 11-29.
- Barandiarán, J. M. de (1955). Nuestro empeño de ayer y de hoy. *Anuario de Eusko Folklore*, 15, 7-8.
- Barandiarán, J. M. de (1975). Guía para una encuesta etnográfica. *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 7/20, 277-325.
- Barandiarán, J. M. de (2005). *Diario Personal. Volumen I (1917-1936). Desde los primeros trabajos científicos, hasta el inicio del exilio*. Fundación José Miguel de Barandiarán.
- Barandiarán, J. M. de (2006). *Eusko-Folklore. Materiales y Cuestionarios. Vitoria/Bayonne 1921-1941. Sare/San Sebastián 1947-1975*. Fundación José Miguel de Barandiarán.
- Barandiarán, J. M. de (2009). *Diario Personal. Volumen II (1936-1953). Durante los años de su exilio en el País Vasco Continental*. Fundación José Miguel de Barandiarán Fundazioa.
- Jimeno Aranguren, R. (2003). La negación de la ciudad como lugar antropológico en la metodología de José Miguel de Barandiarán. *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 23, 399-414.
- Jimeno Aranguren, R. (2007). Notas a la edición de 2007. En J. M. Jimeno Jurío, *Merindad de Sangüesa. I. Historia, arte, etnografía*. Pamplona; Udalbide; Euskara Kultur Elkargoa, 17-22.

- Jimeno Aranguren, R. (2012). *José María Jimeno Jurío. Oroitzapenak eta soslaiak / Recuerdos y semblanzas*, Pamiela; Udalbide; Euskara Kultur Elkargoa.
- Jimeno Aranguren, R. & Nieva Zardoya, A. (2006). Presentación de la base de datos sobre el calendario festivo de Navarra: digitalización del trabajo de campo de José María Jimeno Jurío. *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 28, 511-539.
- Jimeno Jurío, J. M.^a. (1992). Homenaje desde Navarra a don José Miguel de Barandiarán. *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 24/60, 357-358.
- Jimeno Jurío, J. M.^a. (2007). *Merindad de Sangüesa. I. Historia, arte, etnografía*, Col. Obras completas de José María Jimeno Jurío, n.º 28, Pamiela; Udalbide; Euskara Kultur Elkargoa.
- Labeaga Mendiola, J. C. (1996). *Banda municipal de Sangüesa: 1896-1996*. Ayuntamiento de Sangüesa; Caja de Ahorros de Navarra.
- Labeaga Mendiola, J. C. (2007). Prólogo. En J. M. Jimeno Jurío, *Merindad de Sangüesa. I. Historia, arte, etnografía*. Pamiela; Udalbide; Euskara Kultur Elkargoa, 15-16.
- Libro de honor de los navarros. Protesta foral de Navarra, [costeado por Esteban Pérez Tafalla]*, Pamplona: Tip. y Lit. J. Donato Cumia, 1893.
- Manterola, A. (1982). La escuela vasca de Etnología. En *Euskaldunak. La etnia vasca*, IV. Etor, 25-156.
- Manterola, A. & Arregi, G. (2003). *Vida y obra de D. José Miguel de Barandiarán 1889-1991*. Fundación José Miguel de Barandiarán.
- Maruri Orrantia, D. (2007). La Gamazada en Sangüesa y pueblos próximos (1893). *Zangotzarra*, 11, 185-212.
- Maruri Orrantia, D. (2008). El Olentzero y txubilar en Sangüesa-Zangotza. XXV Aniversario del Olentzero (1971-1995). *Zangotzarra*, 12, 197-227.
- Yárnoz Orcoyen, J. M.^a. (1990). San Adrián de Vadoluengo. *Príncipe de Viana*, 51/189, 43-56.
- Zubiaur, F. J. (1992). Homenaje desde Navarra a don José Miguel de Barandiarán. *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 24/60, 349-351.

5. APÉNDICE DOCUMENTAL

5.1. Declaraciones de Roberto Elduayen, [de 82 años], a Javier Sola (1961)

Nació en la calle San Miguel, en la Casa Elduayen. Su madre se llama Filomena Miranda.

La casa la hizo su difunto padre. Esta casa está igual que antes. Solo tenía una cocina, un cuarto y abajo cuarticos. La cocina era de fogón bajo.

En la cocina: fogón, candiles (de aceite y petróleo). No había banco-escaño. Los cuatro de la familia comían en un banquico al *lau* del fuego: padre, madre y los dos hijos. El banco lo hizo Larrea, aquel hombre, un banco bajico, individual. Este se empleaba *pa* comer; no *pa* sentarse.

Ponían *pa* encender, ramas y troncos apoyados en unos yerros «moricos». De aquí viene el nombre de los Juantos, que les llaman «los Moricos», porque hacían estos hierros. Tenían una plancha, y en el frente otra, de hierro. No de piedra.

[1]. Casas de artesanos.

Ciriaco Huesa, en la calle el Horno (después en la Galería). Talleres poco había. La mayor parte iban a trabajar por las casas. Larrea era carpintero. Había una casa que le llamaban «del relojero», que estaba más abajo, pero no era relojero aquel, solo el nombre.

Las casas se hacían de adobe, la mayor parte, *cuasi* todas, de adobe muy grande. Su difunto padre se hizo la casa en dos días. Era una casa chiquita. Se la hizo el abuelo de estos Huesas. Se remediaron. Y una solanica que daba por allá a unos huerticos. No se empleaba otro material. Solo adobe y tabla, de esa (no tablilla) un dedo se pasaba entre tabla y tabla; se veía todo el firmamento, de los agujeros.

[2]. Diferencia de vivir.

«*Ahura*, marqueses de al *lau* de entonces». Se dormía en catres, de madera y unas cuerdas que pasaban por unos perroticos que salían, y encima el colchón; en vez de colchón, las cuerdas. *Paicía* que era cama fija de madera. El jergón, de hojas de maíz, con cuatro agujeros que los levantabas. La almohada era de lana. Las sábanas mejor que ahora, de lienzo, como las camisas que llegaban más abajo de la rodilla.

[3]. Vestuario típico.

La ongarina, «de una tela que no pasaban ni las balas», de dura que era. Era como un abrigo suelto; se metían las manos por las mangas, y se ataban aquí debajo con una cuerda. Le ponían una piedra, y se la echaban así, a la espalda, «*pa* rebozarse». La manga de la ongarina, una tela recia. Los ricos llevaban unas capicas, los señoritos, con una vueltica en la esquina. Boinas y pañuelos. La blusa vino después, la blusa de felpa, como mucho lujo.

Calzado: la mayor parte albarcas, de material; la goma vino después.

[4]. Alumbrado [y muertes violentas].

Faroles, y antes más, nada, en las casas. Candil de aceite y candil de petróleo. La luz eléctrica vino hacia el año... cuando él tenía unos doce años. Antes que el agua.

Alumbrado por la calle; se acuerda cuando no había nada. En cuanto se hacía oscuro, *to* el mundo a casa, según el tiempo; en invierno *pa* las nueve ya no se veía una rata por la calle. En invierno mucho antes. Al toque de oración, se retiraban.

O se iba pronto a la cama, o se estaba en tertulia en casa. Se madrugaba mucho. De mitad de mayo en adelante, a las cuatro se levantaba toda la gente a misa del rosario cantada, a las cuatro y media de la mañana. En invierno algo más tarde.

(Cuando se puso el alumbrado de petróleo), iban con su escalerica, un poco antes de echar la luz, a echar petróleo a los faroles. Luego los encendían. Pero antes no había ni faroles, ni serenos ni nada, por la noche. «No había malicia *pa* tanto. Inocentes». Ha habido épocas malas; causa, que dejaban llevar las armas a la vista, y nadie les decía nada. Empezaban a discutir y por poco, ya estaba. Día de Todos Santos en Sangüesa hubo dos muertes. Elduayen tendría quince años. Había dos cuadrillas reñidas. Uno de una cuadrilla mató a otro de la otra; enseguida quedaron de acuerdo en que el primero que vea a uno de la otra, cuchillada, cualquiera de la cuadrilla. *Pa* la tarde ya había dos muertos. Uno de una cuadrilla, otro de otra. Pero era debido a que iban siempre con las armas a la vista. Nadie les decía nada. Entonces no había Guardia Civil. Cuando vino la Guardia Civil «hubo mucha *riguridad*». Como a un chico del *Prau*, llevaba la pistola en la faja, y no sé lo qué fue a hacer, se le disparó y mató al que estaba enfrente, otro amigo. Era el hijo de Biurrun, amigo de un hijo de Zoco, que vivía en la calle Media-villa; se pusieron a bailar. Aquella muerte no la pagó nadie. Bajaron a casa al amigo. Entonces la gente estaba muy inocente, muy atrasada.

[5]. Pan.

El pan se *masaba* en casa. En casi todas las casas había hornicos *pa* cada familia. Se amasaba un pan de mucho alimento. Pero que a lo mejor te duraba ocho o nueve días y *pa* los cinco días no se podía comer de duro. Otras veces se canucía. Eran generalmente de seis libras (dos kilos). La levadura la hacían de *vispra*, y estaba toda la noche fermentando y a la mañana, amasar.

[6]. Fiestas.

El Sr. Roberto Elduayen va a hablar de las fiestas de aquellos tiempos.

Lo más típico era el palenque de los toros. Iban ocho hombres con una lanza con un puncherón en la punta, como los picadores poco más o menos. Y al que le cerraba, que iban vestidos con esas anguarinas, lo *volquiaba*, y los otros, de todos los *laus*, a (¿utilizar?) al toro, y así lo iban pasando, a punchibonazos. ¡Qué cafres! Esos puncherones eran como las picas de ahora: unos palos largos... Y cuando le embestían a uno, los otros de los *laus*, a agarrar al toro de las patas, y así lo iban matando. No duraba mucho, porque en cuanto *cojiaba*, entonces le daban por donde podían, por tripa y por todo. Mataban así tres, cuatro, seis toros. Y también más.

Había cestos, escarapela. El que la quitaba, se la llevaba a alguna señorita a un balcón o así, y le echaba cinco duros, una caja puros, y con aquello merendaban todos.

Aquel año vinieron unos de Lumbier y querían llevarse la escarapela. Ellos que se ven los de Sangüesa, les llaman la atención unos de allá, y de aquel, el padre de la Serrana (el Serrano), se echa encima, y los *voltió*, y bajando, bajaba con la cacha así (era cacho), y la agarró bajando, que le había *dau* unas cuantas volteretas el toro, y se la quitó. Todos llamando la atención al toro *pa* que dejara levantar al otro. Y le echaba a una señorita, y le echaba cinco duros, y una caja puros, y con aquello merendaban todos opíparamente.

No había encierros entonces.

Un día de fiestas: por la mañana, dianas. Conciertos en las Arcadas, vinieron más tarde, cuando Vallejos. Las cuadrillas se abastecían de ternascos en las Arcadas. Mientras no estaban abastecidas las cuadrillas, no entraba ningún revendedor a comprar. Nos llevábamos cada uno nuestro ternasco para la cuadrilla, que iba *tres carnicera* (algo más que al kilo; libra carnicera). Las cuadrillas almorzaban en las casas. Cada cuadrilla en una casa de la cuadrilla; la merienda también en la casa que tocaba. La comida en cada casa; apenas comíamos. Después de comer, la corrida, y después de esta, a tabernas y bailes. Había bares particulares (de cuadrillas) para fiestas, en casas particulares. Algunas cuadrillas tenían una casa particular, y allí se reunían para la merienda y el baile. En la calle San Miguel había una casa, siempre había baile allí: baile tablero; era un mozo. Organizaban la música con los que sabían tañer, que eran muchos, y buscaban guitarra y bandurrista. Los hermanos de esta (¿hijos de Elduayen?) sabían tañer los dos y no buscaban más que un teñedor y un bandurrista. [Nota del editor: esta pregunta que se hizo José María Jimeno Jurío al realizar la transcripción de la entrevista de Javier Sola no podía ser, pues Roberto Elduayen, como hemos visto, solo tenía un hijo varón, que había fallecido en la Guerra Civil. Se tiene que referir a los hermanos de su mujer Florentina].

[7]. Toros.

Desafiando a los toros de la manada de Sangüesa, que había manada, los de Ujué; todas que le llevaría doscientos kilos de peso. Se pusieron a reñir, los vencía. Pero quiso el toro ir al toril, se retrasa de repente, cayó el burro, entonces se le revuelve y le clava las dos astas en la tripa, ya estaba *destripáu* en la plaza de Sangüesa.

Tenía yo seis años, que un toro, era de la ganadería de Sangüesa (Había varios, de Sabio, de Añués; estos tenían parte de la *deso*, pero de ellos, no). Era del pueblo. Cada uno se ponía una vaquica o dos, de reses bravas. Era de todo el pueblo. Todos los años hacían corridas, hasta el día San Román solía hacer. Había plaza de piedra, bien hermosa; que la hundirían *pa* hacer otra nueva, y la nueva no *l'hamos* visto [Nota del editor: derribaron la plaza de piedra para hacer el Colegio Luis Gil]. Aquel toro saltó valla y contravalla, y cayó al tendido, encima la gente. Pero no hubo más remedio, diez o doce o veinte hombres, *echarsen* a él, las astas y cola y por ahí, y había escalericas *pa* subir a la barrera, y por allá lo bajaron arrastra hasta valla y contravalla. Y cerraron la puertica. Y unos estaban en la valla con la cola sujeta, *pa* que los de la cabeza huyeran *ande* podían.

Empezaron a traer a los pocos años toreros de por ahí, *agarrapatas*, o lo que fuera. Era un toro tan bravo, no *hamos* visto animal como aquel.

Ahora que tendría seis o siete años, *emboláus*. Los embolaban. Aquel, ¿sabes lo qué tuvieron que hacer? De casa Chaparro, el sargento la Guardia Civil, pegarle un tiro y matarlo. No hubo otro medio, porque el espada que había de matar, cayó herido, y los otros no se atrevían. Había dos más y otros dos de Sangüesa, que era Harina y

Villacampa de Sangüesa. Tendría yo ocho o nueve años. Hace ochenta años. Villacampa ya hace años que murió, y murió a los ochenta años. Domingo Tabar (Villacampa) se fue a América.

Un toro *blincó* la valla, encontró la puerta de casa Chaparro abierta y se subió. Y estaba una mujer haciendo un chocolate o no sé qué, y la mujer se escondió detrás de la puerta, y allí se estuvo. El pobre toro dio la vuelta por la cocina y se bajó. En otra ocasión, antes más, un toro brincó por la ventana al río y se *espiazó*. Eso hará siglo y medio.

[8]. [Inundaciones].

He oído a una abuela que tuve. Nos contó que contaba su madre cuando aquellas ruinas; no había ni faroles ni serenos ni nada. Había un borracho que iba gritando por la calle: «¡Que entra el río, que entra el río!». Y como lo conocían que era borracho, no hacían caso. *Pa* cuando se dieron de guarda, ya había *entráu* el agua por toda la ciudad. Iban a salir, unos salían con *ganáus*, a rastra, otro cogía una tranca y iba nadando, hasta que se salvaba, en terreno alto. Un macho se salvó en el púlpito de San Salvador, rompió las puertas el agua, entró allí.

Vinieron de Javier sus padres, y se encuentran a Sangüesa en una badina. Y le dijeron a un muchacho fuerte: «Mira, si me salvas la hija, te damos palabra de casarte con ella». Tiró el hombre, a nado o como pudo. Vivía hacia casa de Antoñete (Charamala), en la calle Mayor. Entró, cogió en las espaldas, y era la muchacha, la criada. «Me trae *usté* la muchacha, la criada. La hija *s'ha quedáu* en casa». Volvió y aún se salvó. Y se casó con ella. Allá al tiempo, no le decía nada su madre a él, y le dice ella misma: «Oye, ¿es verdad que mi mamá te dio palabra de casarte *con mí* si me salvabas?». «-Sí. ¿Y no te ha dicho nada?». «-No. Pues ahora te lo digo yo. El día que quieras, a casarnos».

[9]. Toro *criáu* a biberón.

Lo sacaron a la plaza, y después de *banderilláu*, fue la señorita esa a estar con el toro. La gente decía: «*Ande* va esa mujer, ¡si la va a devorar!». El toro, humildico, humildico, se acercó a ella, y haciéndole así, que le quitara las banderillas, y le empezó a quitar, y le fue quitando todas, porque volviéndolo así, sale bien el clavo; a tirón, no. Y después el público pidió que no lo mataran, que se lo regalaran. Y se lo regalaron. Lo había *criáu* ella a biberón. Era el toro de la manada de Sangüesa; ella, no se acuerda de qué casa era. Eso sería antes de nacer yo. Y murió de viejo en la casa.

[10]. Trinquete.

Muy antiguo, y que jugaban todos los domingos a pelota, en la Galería, al *lau* de la casa el Ayuntamiento, donde está el dentista, eso que hace esquina. Había mucha afición a jugar a pelota. Había una pareja que ya podían venir de *ande* vinieran, que no los podían vencer. A Matías el Retiro, padre de este Retiro, y a Nicasio el de Ferminico,

uno de Adiós que se casó a casa Ferminico; a esos dos no los podía vencer nadie. Una vez vino el hijo del veterinario de Sos, que lo llamaban «Pan y agua», desafiando a la pelota a tres, los de Sangüesa, y le oyó el padre de Daniel (el Retiro), y le dijo: «¿A tres? Dos te vamos a jugar». Con mil pesetas, decía él. Conque, van a empezar a jugar, pues que no tenía una perra. «Toma, ¿y no has dicho que tenías mil pesetas?». «-Pues no las tengo». Dos comerciantes hermanos, pusieron a cada duro. «-Vamos a poner a cada duro, a ver, que lo veamos jugar a este fanfarrón». Pusieron a cada duro, se ponen a jugar. Él tenía la confianza en el saque; tenía un saque muy largo. No tenía inconveniente en sacar de aquí a casa el Morico. Pero se ponía Daniel, ¡y al aire! En resumidas cuentas, ¡lo dejaron con dos juegos a cinco! Decían: «¡Ya podía haber tenido las mil pesetas!».

[11]. Comidas.

Desayuno, almuerzo (en invierno no se hacía más que desayuno, que se desayunaba aguardiente, pacharra y anís, revuelto, decían, con un *piazo* pan). En invierno se comía a las once, y a las tres.

En llegando a marzo, se hacían tres paradas; entonces se almorzaba, se dormía y se cenaba. En invierno, dos paradas en el campo, y la cena.

En el verano, se hacían tres: tres en el campo, y la cena; almuerzo, comida y merienda. El almuerzo era, a lo mejor, habicas (?), (betas?) cocidas, las calentaban, ¡y hala!; también patatas, y habetas, muchas.

La comida, por lo regular, era un plato de patatas en el huerto. En casa, un plato patatas, berza y un poco ración. Planta con cebolla, un poquito longaniza o carne, y así. *Na* más. No comían postre. ¡Postre sí! Uno, Abdón, se puso vacas de leche, y se tuvo que vender las vacas porque no podía vender la leche. Y no había otra que la *del*.

La merienda, ¡una cebolla! Picada en cuatro cortes con aceite, vinagre y un poco sal, aquello era la merienda, o una cebolla asada en el rescoldo del medio día, era muy buena, compuesta con aceite y vinagre.

La cena, patatas o alubia. Sardinas de cubo se comía mucha. Tocino gordo *pa* untar.

Había muchas tabernas de mala muerte; iban a beber vino; solo vino. No comían allí. En la casa (de una mujer que se oye), pusieron una cantina, con bocadillos de *bacaláu*, y los tuvieron que quitar porque no se vendían. En lo que era la sala, pusieron baile y bailaban allí. En esta casa (lo que es la entrada hoy), la cantina estaba arriba, en la sala. Lo tuvieron que quitar porque no tenía vida.

En el *Prau* había una taberna, Casa Pastilla, que era garapitero; allí vendía vino, raciones de abadejo, y pan. No había otra cosa. Una *coquetica*, la ración de abadejo y el vino, que costaría treinta o cuarenta céntimos todo. ¡Con la de veces que mi padre llevaba una peseta *pa* toda la semana! (dice la mujer).

La cena, o patata, o alubia, o garbanzo, nada más.

Los días de fiesta, se distinguía en cantidad, no en calidad. Un ochavo de carne. ¿Pollo? No sabían ni criarlos. *Pa* fiestas tenían que ir a buscar pollos, ¡no sé hasta dónde!, porque aquí no se criaban. Cazadores había. Cabras había en todas las casas; la leche *pa* casa. Los ternascos, nosotros los echábamos medio *pa* casa y otro medio, un trozo *pa* fulana, otro *pa* fulana, y lo repartían.

[12]. [Cerdos].

También se criaban cerdos, más que ahora. En casi todas las casas criaban. El día de la matanza se convidaba a los parientes, y se hacía una farra y el día que íbamos al campo, que habíamos *matáu*, se llevaba en un pucherico, que llamábamos «golondro», de menudencias, que aquel día tenías un día de cielo. En muchas casas se criaba cerdos.

[13]. El aguador.

Se ganaba el pan subiendo agua a las casas. Cada carga valía dos pesetas, dos cincuenta. Que si subía doce o catorce viajes al día, ahí salía el jornal *pa* la burrica y *pa* él. Y así se ganaba la vida. El agua se echaba a las tinajas de la cocina. Cada uno compraba una carga de agua *pa* un par de días, más no; porque entre beber y fregar, y *puahí* no le duraría más. *L'agua* de enero se guardaba *to* el año, en tinajas grandes, gente rica, se llenaban y tenían *pa* *to* el año. Ahora que mirándola, porque esa agua estaba *na* más que *pa* beber o así.

[14]. [Lavar en el río].

Lavaban en el río; las mujeres iban con sus buenos canastos de ropa a lavar al río, con las roscas de tela, que llamaban «cabezal», en la cabeza. En el invierno se les ponían las manos «morras». En invierno (dice la mujer), a entrarnos en las almadías, a coger la mejor agua. Era agua más pura adentro. Llenaban los cántaros.

(Entrevista de Javier Sola a Roberto Elduayen, en 1961).

5.2. [La entrevista realizada a Andresa Goñi, de 80 años]. Sangüesa. Etnografía (La Magdalena) [1973]

Sola entrevista a una mujer, que vino a Sangüesa de 10 años, y ahora tiene 80, «pon ochenta».

[1]. [Cocina].

La cocina era fogón en medio, en mitad de la cocina, el fuego. Atrás había un banco grande, que era liso. El banco escaño vino después. Ahí se sentaban los *criáus*, los pastores. Ponían unos troncos, como recién *cortáus* de los árboles, grandes, todo lo que era el tronco, allí. Buena fogata. Madrugaban y traían del monte.

Por Navidad ponían el tronco Navidad. Lo ponían en el *tejáu pa* resguardar de las tormentas. Se quemaba en la Nochebuena un tronco grande, y lo que quedaba se guardaba, y se ponía en el *tejáu pa* resguardo de las tormentas. Se le tenía esa fe. Todo el día estaba ardiendo el día de Navidad. En la falsa. Lo que quedaba, un tronco así, lo subían al *tejáu*.

La cocina era con un aparador grande, unas ollas de esas antiguas de tierra. Luego había calderos de bronce, después unos pucheros de hierro, topines para guisar. Una espedera, que ahí se componía de todo. Era metal y bronce, lo que había: espumaderas, chocolateras, jarras, jarrones, calentadores. Un velador también, muy bonito.

Para los humos había una campana grande, tremenda. A un lado se ponían criados y pastores, y al otro se ponía la mesa, para los señores, para los mayores, y hijos.

[2]. [Día de San José].

Era costumbre de comer en la mesa aquel día todos: los señores, había un cura, *criáus*, todo el mundo allá a comer. Había la Sagrada Familia, unos pobres, a comer. Se ponían a comer todos en la mesa. Era costumbre y tradición poner para comida: picafría. Lo primero se ponía buena sopa de cocido; una olla buena de garbanzos; después la picafría; se mataba un cordero o dos, según los que sea, y se ponía picafría. Después se ponía gallina, y después el *asáu*. Y *pal asáu* había dos asadores grandes. Y *pa* sostener los asadores había un gallo de hierro con buena cresta, bien bonita, y una gallina. (Están abajo).

Los «moros» tremendos. Se daba vuelta al asador; el gallo tenía en lo que hace el cuello y el cuerpo unos agujeros, y la gallina al otro *lau*. Tenía que estar uno allí cuidándolo, asándolo. Hasta que se ponía bien *doráu*. Después venía el postre. Ese día había postre, como era distinguido, había «tebetes» (?), o sea, leche frita, con azúcar y canela, y en dos soperas grandes se ponían *pa* que estarían calientes, y se servían con las soperas. Después, ese día había café, bebidas y cigarros. Después de jugar al mus, los señores y pastores y *criáus*, todos juntos. Y se les hacía las tantas de la noche. Esa era la diversión.

[3]. [Reyes].

Se hacía migas a la noche. Esa era la cena; pues después algún bocadillo. Después nos entreteníamos el amo y *criáus* y pastores, y todos a jugar al mus, y las muchachas y los chicos a jugar, a hacer de reyes. Nosotras, la (?) se ponía un zamarro, y una cosa de los pastores, y un montón, y hacer de reyes. Y con *una* acordeón que había, delante a tocar *la* acordeón, y venga cantar y bailar, mientras los otros jugar al mus.

[4]. [Carnaval].

Iban a Cantolagua los Maristas con los chicos. Dos mujeres de aquí dijeron: «Vamos a encorrerles a los *muetes* de los Maristas». La una abrió una bota de esas de pez y se puso para careta, después yo algún pañuelo. Al llegar nosotras a Cantolagua, a la

cuestica, subía el cura de casa, nos cogimos, a cajas destempladas *pa* atrás. «*Amos* a encorrer pues al bueyero», que estaba con las caballerías. Hay dos ríos, uno la Onsella, y al otro *lau* había una tejería. Venga encorrerle al mocete, y las caballerías al otro *lau*. Le llamaron la atención los zapatos, y dice: «¡Esos zapatos son del amo!». El bueyero decía: «*Esotro*, ¡qué ganso! ¡Si no corre nada!» (por mí, estaba sentada en una piedra riéndome). Al otro día pasa uno de Sangüesa que le llamaban el Catalán, y dice: «A ver si me das el palo, *mocé*, el palo que me quitaste ayer, ¡traidor!». Después la Teófila, ¿poderse quitar la pez? Se le escurrió con el sudor, no había quien le limpiara. No era bota, era un pellejico, con un churretico.

[5]. Toros.

Cerraban los toros de fiestas aquí. La abuela tendría catorce años. Cuando dejaron de cerrarlos hará cincuenta años lo menos. Los tenían en el Corral Nuevo, y después por el Soto los traían aquí a encerrar (en el *Serenáu*) de víspera. Había veces que los traían de noche, para que no se espantarían, porque era tan tradicional, que muchos salían hasta el Soto *pa* ver el *ganáu*. Ya después pensaron traerlos antes, por eso. Se habían quedado las mujeres haciendo el pan, cerniendo para hacer los bollos *pa* fiestas. Estaban cerniendo en el torno que rompió esta el otro día. Un torno que salía la harina por un *lau*, y el menudillo y el *salváu* por otro. Con el *salváu* hacíamos unos «masones» *pa* los perros.

Estaban cerniendo, y empieza a venir la mocina, y nosotras todas apuradas, cerramos la puerta, y arriba; conque por las ventanas y por todo, se llenó esto de gente, a esperar los toros; era bastante de día.

(Paréntesis, se oye tic-tac de reloj de pared).

Se acuerda la abuela que un toro se escapó de la plaza; sería antes, porque yo no lo he conocido. Se fue a la torre de Añués, que era el toro de allá, y estaba la mujer lavando, la dueña, y se le presentó el toro ahí delante. Ya lo habían *pincháu* o le habían puesto banderillas o algo. Y la dueña lo estuvo curando al toro; le llamó con el nombre que fuera, y con mucho cariño.

Un año se escaparon de Cantolagua, al ver eso (la gente) se volvieron por los ríos. Entonces, por *to* el Pastoriza, y por todo, y a parar otra vez al Corral Nuevo. Esa noche vinieron Juan Lanieta (?) y Bernardo Leto (?) aquí. Había una tormenta, que dice que veían los toros por la luz de los relámpagos. Los pastores se dieron una paliza, vinieron aquí todos *mojáus* y estuvieron hasta que se pasó la tormenta. A la mañana siguiente los llevaron por la carretera, y todo el mundo saliendo con una caballería para que siguieran, y no seguían.

[6]. Cómo se hacía el pan.

Hacíamos la masa, y se dejaba una hora; se hacía la levadura en casa, el víspera. Había amasadera grande, y unos *tabláus* como si fuese horno de pueblo. Hacíamos los panes, de unas ocho libras, como nada, y se encolchaban, en el tablero grande; mientras

tanto estaban encolchados, a preparar el horno; quemábamos la leña, luego con unas trancas grandes, *atáus* unos trapos, a barrer el horno, todo a la boca del horno. Para probar que estaba el horno bien, echaban unas copeticas al horno (de pan, un pedazo), y entonces, cuando se hacían, hacían ya su colorico, a entrar el pan. Se tenía media hora, o lo que fuera, hasta que tomaba color, y a sacarlo. Después con el menudero, como te he dicho, hacíamos unos «masones» que llamaban, *pa* los perros.

[7]. Colada.

Se bajaba al río, se remojaba toda la ropa, sin jabón ni nada, y se ponía en unos cuévanos de mimbre, y encima, una tela, y encima la ceniza, y se echaba agua tibia nada más. Gran cantidad de ropa. Tenían un cuévano grande y otro pequeño, dos. Echar «los tibios» al echar *l'agua* tibia. Al otro día se bajaba al río, y se hacía la ropa, jabonarla; subirla otra vez, y a cocerla otra vez; entonces era hervida. Y al otro día aclararla. Pero unas coladas tremendas, porque luego las ropas eran de lienzo, eran de hilo.

El tiempo variaba. En invierno se tardaría dos meses de colada a colada. Un cuévano grande para todo lo mayor, y otro pequeño para lo menudo; pañuelos, había muchos. Se aclaraban en el río. Se tendía donde se podía; en los rastros, en las fajinas, en la leña, en el «inqual que llamamos», *ande* el abejar. No se venía a casa hasta que se secaba; vuelta aquí, vuelta allá.

[8]. Alumbrado.

A media tarde, a preparar los candiles. Eran candiles de hierro, con dos cosas: candil y cazuela. Compraban unas madejas de algodón y se cocían; se llamaban torcidas. Con las madejas de algodón hacían las torcidas; a la tarde a ponerlos; limpiar y ponerlos con aceite. En las habitaciones, unos candiles, que eran de bronce y tenían su tapica y todo, un gorrico *pa* apagar; eso para las mesillas. Después eran las palmatorias. Y para las cuadras había linternas, con velas o con depósito de aceite (para evitar que se quemara paja). Colgaban la linterna de un clavo en la cuadra, mientras apañaban el ganado.

[9]. Cerraduras.

Eran trancas y barras de hierro. Las habitaciones, barra. Las puertas grandes de abajo, tranca. No abrían las puertas de noche. Una vez cayó uno en el puente la Onsella, y vino uno a pedir auxilio; un *criáu* se subió al *tejáu* para ver quién era antes de abrir. El amo estaba debajo los sacos (accidentado). Iban los Limones, y el Fraile. Los echaron a los Limones a dos camas, y al otro en otra cama; vinieron las mujeres, vino mucha gente, se llenó la casa. La mujer del muerto vino también, y se pasó la noche diciendo: «Ay, ¡clavo mío!, ¡clavo mío!».

[10]. Robos.

En tiempo de sus abuelos. Vinieron ladrones y cogieron al abuelo, al amo, pidiendo que sacara el dinero que tenía. Les daba una cantidad, «pero en casa no tengo mas».

Habían vendido trigo, y como sabían, pensaban que el dinero lo tenían aquí. «Pues si no saca más, te damos a fuego». Colocaron una silla y lo sentaron. Entonces su mujer, dijo: «Pues si le quemáis a él, quemarme a mí también». Se puso allí la abuela. Ataron a todos los que había, peones y todo, en una bodeguica que había, *atáus* y *cerráus*. Abrieron todo, armarios, y se llevaron lo que quisieron, ropas y jamones, lo que había. Al otro día, los que pasaban, vieron que todo estaba *ilumináu*, candiles, todo abierto.

Conocieron ropa tendida. Dicen que cuando al día siguiente se corrió lo que habían hecho, uno de los serenos: «Ya sé quién ha sido». Fulano. Porque cantaban entonces las horas. No *l'ha cantáu*. «A las dos de la mañana no *l'ha cantáu*». Aquel estaba *compli-cáu*; aquel les enseñaría. Esto pasó hace más de cien años. Entraron por una ventana. Las ventanas estaban con *verjes*, pues por eso.

[11]. Crimen del *criáu*.

La abuela presenció aquello. Había dos *criáus* aquí. Uno de Sada y otro de Sangüesa. El de Sada, que era mayor, llevaba la reata. Juanito era más joven. El de Sangüesa los domingos iba al pueblo a estar con los amigos. El de Sada no tenía amigos. Estaban muy pinchadicos los dos. El día 2 de abril era el santo del amo. Entonces tenía él sus *invitáus*, uno de ellos de Ayuntamiento (Perico Roldán). Estaban el tío Fructuoso, Perico Reta, Remigio Aurencio, en el comedor cenando. Los *criáus* estaban en la cocina. Cuando llegó el *asáu*, había un cuchillo grande en la cocina, y lo llevaron a la mesa, lo entró la Teófila para partir el *asáu*. Los *criáus* les hacía falta pan, y a un *yeguacerico* que había de Aibar, lo mandaron por el cuchillo. Estaban discutiendo, que un amigo de Juanito estaba enfermo y había ido a verlo. El de Sada también fue. Empezaron a discutir: «-Cuando he ido a ver a Deogracias, *t'has* escondido». «-¿Yo que me he escondido?». «-Sí, que me ha dicho la moza que estabas». «-Mentira». (El Deogracias era uno de Pocaborra).

Siguieron discutiendo sobre una obra en la calle el Horno...

La criada les dijo: «¡Pero qué tonterías estáis diciendo! Eso qué tiene que ver ni que sea a una hora ni que sea a otra».

La abuela oyó una blasfemia, como aquí nunca se oía, le chocó, salió a la puerta de la cocina, y estaban los dos, el uno con el cuchillo en la mano. Pidió auxilio la mujer; *pa* cuando salieron, ya le había metido el cuchillo el de Sada al de Sangüesa, a Juanito. Se quería escapar, pero le agarraron. Fueron a pedir auxilio a Sangüesa. Vino la Guardia Civil. Lo echaron a Juanito en la cama, que iba: «¡Ay Virgen Santísima! ¡Ay madre mía!». Vino el médico y dijo que no tenía remedio; tenía peritonitis. Lo reventó. Entraban a verlo, y decía: «Qué tontas sois, si esto no tiene importancia, total un juicio de falta». Pero *pa* las 24 horas empezó a devolver todo, y se murió. Y su padre ciego, y su madre vinieron. O les dijo otra cosa que: «¡Qué duelo me da, qué pena me hacen!». Al otro en la cárcel, cuando le dijeron que tocaban a muerto, llorando, que no pensaba él que había hecho eso. Le dieron catorce años.

[12]. [Pernoctaciones en casa].

Se quedaban aquí muchas cañadas, y muchos pastores; dormían en los pajares y por la mañana, ordeñaban y nos daban buenos cántaros de leche. En casa se les hacía alguna cosa a los pastores...

El ganado se quedaba en los *serenáus* y en el campo, en el Calvario. Solo una noche. Eran de Garde, Isaba, Ustárroz. Después se quedaban en Sangüesa. Todos los años pasaban la noche aquí. No se les cobraba nada. Si traían algo se les hacía, si no se les hacía una olla de patata, o lo que fuera. Se levantaban muy de madrugada, antes de que los inquilinos se levantaran, y seguían camino.

[13]. Guerra carlista.

Los abuelos de la abuela vivían aquí (en la Magdalena). El abuelo se fue al corral de Vitoria, y la abuela se quedó. Iban los *soldáus* a pedir pienso para las caballerías, y la abuela no quería darles; les daba algún huevo. La abuela decía que llegó a ir a Lum-bier por la Trinidad, por allí, a llevarles convoy con el macho. Detrás de la iglesia hay impacto de balas; la abuela no tiene idea de que haya habido tiro.

Había paso de lobos. Un lobo cruzó de Cantolagua y se iba por el «Untinar», por detrás, a pasarse al Soto. Entonces la abuela (de Javier Sola), vino, le llamó a Bernardo, y ya no volvieron; se conoce que pasaba al monte de la Peña.

[14]. Hombres. Fiestas.

Cuando era un día de fiesta o se hacía la despedida de alguno que se iba a casar, también iban a casa. Había rondallas, más pequeñas que ahora. La Sociedad, eran treinta o cuarenta; era un baile particular. Hubo otra, «La Invencible», otra sociedad de baile, con buena rondalla. Morondo les había *enseñáu* solfa y el instrumento. Siendo (el que declara) crío, se acuerda que en la esquina de Lozano se ponían dos a tocar la guitarra, y no tocaban más que jotas. De los primeros que empezaríamos a bailar piezas, seríamos cuando nosotros. Entonces, cantaban mucho. Salían *pa* las cinco la tarde, y se ponían a tocar y cantar. Cantarían dos mil canciones o cuatro mil. Cantaban los músicos o alguno que sabía cantar. Entonces solo se cantaban jotas. Desde hace cincuenta años, ya no se han *cantáu* jotas, jota navarra.

La Sociedad tuvo baile *cerráu* en cuatro o cinco sitios. Tuvieron en esto que tiene el Rey, *ande* la Galería, donde vivía entonces la Nieves Queleto (?), que hubo antes cine, el primero que hubo, «La Juvenil».

